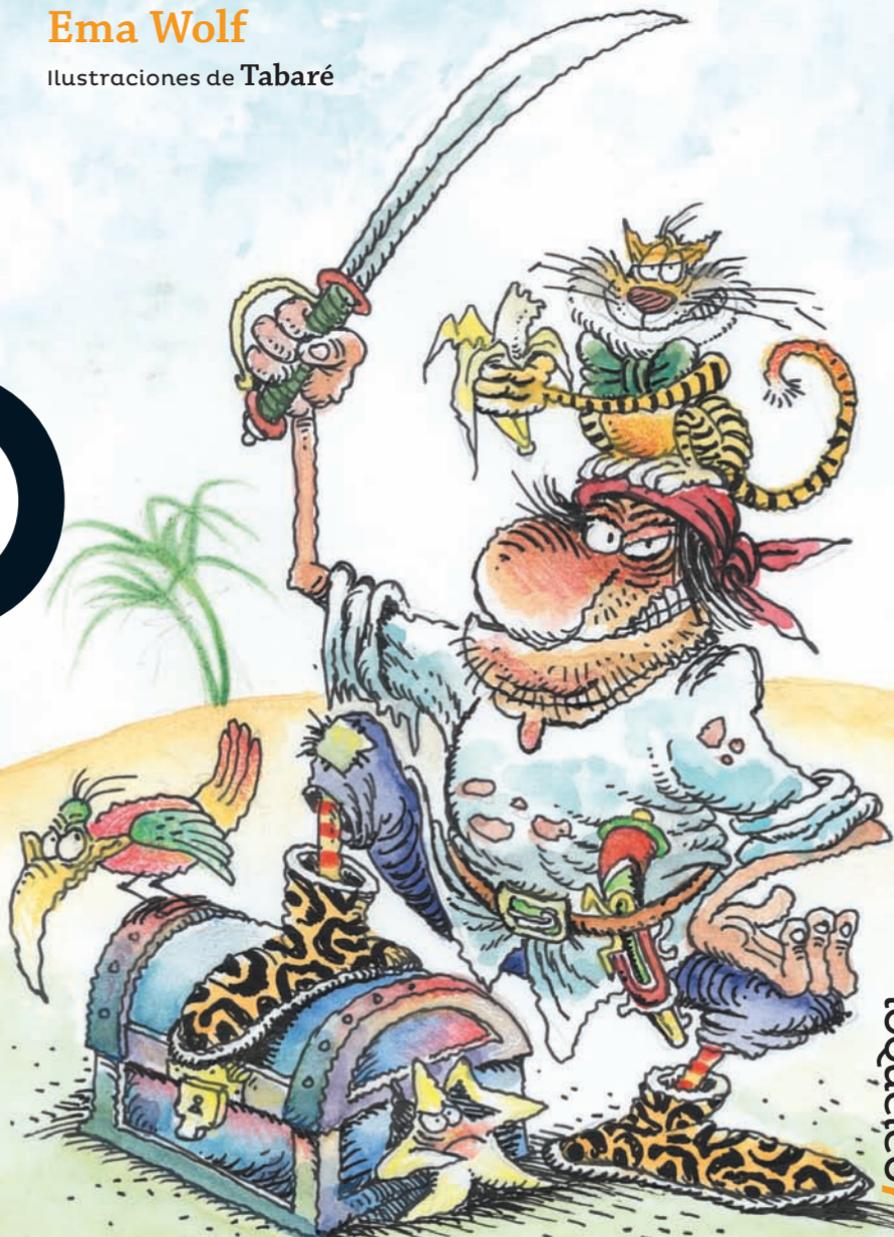


La sonada aventura de Ben Malasangüe

Emma Wolf

Ilustraciones de Tabaré





www.loqueleo.santillana.com

© 1987, EMA WOLF
© 1995, 2005, 2014, EDICIONES SANTILLANA S.A.
© De esta edición:
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4362-3
Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUEIRA
Ilustraciones: TABARÉ

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Wolf, Ema

La sonada aventura de Ben Malasangüe / Ema Wolf ; ilustrado por Tabaré. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

88 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Naranja)

ISBN 978-950-46-4362-3

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Tabaré, ilus. II. Título.

CDD 863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 3.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ALTUNA IMPRESORES S.R.L., DOBLAS 1968, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

La sonada aventura de Ben Malasangüe

Ema Wolf

Ilustraciones de Tabaré

loqueleog

Al Tigre, con respeto

PRESENTACIÓN

Beniamino Malasangüe –capitán Ben lo llamaban– se dedicó a la piratería en 1848. O sea que ya era tarde.

Casi ningún ladrón o príncipe de los mares navegaba entonces por el Mar de la Malasia ni por ningún otro mar. Solo su sed de aventuras y su cabeza perfectamente hueca podían haberlo lanzado a ese oficio tan a destiempo.

Beniamino partió una mañana del puerto de Nápoles en un bergantín de dos palos armado con ocho cañones y tres bombardetas útiles. Llevaba media tripulación dispuesta a todo; la otra mitad, sabría Dios: pensaba recolectarla por el camino.

Fueron a despedirlo sus padres, el tío Enrico Malasangüe, su abuela Carmelina y su primo Gianni, que ese día estrenaba pantalones cortos.

El mar, inmenso y misterioso, se abrió ante la proa de su barco. A popa la tierra retrocedió con toda su parentela agitando pañuelos blancos que olían a orégano de la campiña.

Largo, largo viaje...

En las islas de la Sonda y los mares que las rodeaban el capitán Ben emprendió sus correrías.

Lo habitual era que asaltara barcos portugueses, que a su vez eran asaltados por barcos holandeses, que a su vez eran asaltados por fragatas inglesas. O sea que a él le quedaban las migas.

Ben –digámoslo de una vez– era el último orejón del tarro de la piratería.

1
A BORDO

Aquel 20 de diciembre hacía ya siete meses que los hombres de Ben Malasangüe no atacaban un barco cargado de oro ni nada que se le pareciera.

A esa altura ya nadie soñaba con collares de esmeraldas ni esas cosas de la *bijouterie*. Soñaban con comida.

Ben era supersticioso: desde el día que habían despreciado una goleta cargada de sémola por ser muy pobre presa, ese día se habían mufado.

Ahora, en la soledad de sus amaneceres desvelados, los piratas miraban con gula las telarañas del techo.

—¿Quién está jugando a los bolos con las balas del cañón? —rugía el capitán Ben.

—No son bolos, señor. Es el fragor de nuestras barrigas vacías —le contestaban francamente.

Malasangüe tuvo que tomar medidas terribles para evitar que la tripulación se amotinara. A un joven grumete siciliano que ocultó un carozo de ciruela usado se lo castigó con tres días de ayuno.

Desde entonces, los víveres a bordo estaban contados. Había uno solo: el gato.

—¡Un vívere! ¡Un vívere! —había gritado el Muy Bestia del contraмаestre el día que se cruzó con el gato en la bodega.

El animalito —de pelo dudoso, amarillo y negro— se había escabullido apenas presintió que las cosas se ponían feas para él. Pero el olfato famélico del contraмаestre lo siguió como un buscahuellas hasta su escondite.

¡Aunque quién se atrevía a tocar el gato, si era el favorito del capitán! ¡Su minino! ¡Su calentapiés!

Mientras Malasangüe se preocupaba por la durísima situación que atravesaban todos, los demás imaginaban al micho estofado.

—Señor, el gato se resiste.

—¿A qué?

—A dejarse comer.

—Sus razones tendrá —decía Malasangüe pensativo y se escarbaba los dientes con la cimitarra. Era uno de esos momentos en que el capitán entraba en sus ensoñaciones y se acordaba de los tallarines de su abuela Carmelina.

Para escapar del contraмаestre y sus secua- ces el gato trepó un día al palo mayor. Muy alto. Más arriba de las velas de gavia. Al mismísimo tope.

Quedó agarrado del mástil como las lapas a las piedras del Mar de la China. Sabía que si bajaba era un gato muerto.

El contraмаestre cada tanto le pegaba un cabezazo al palo para ver si el gato se desprendía, lo que demuestra (entre paréntesis) los malos modales que tenía esa gente.

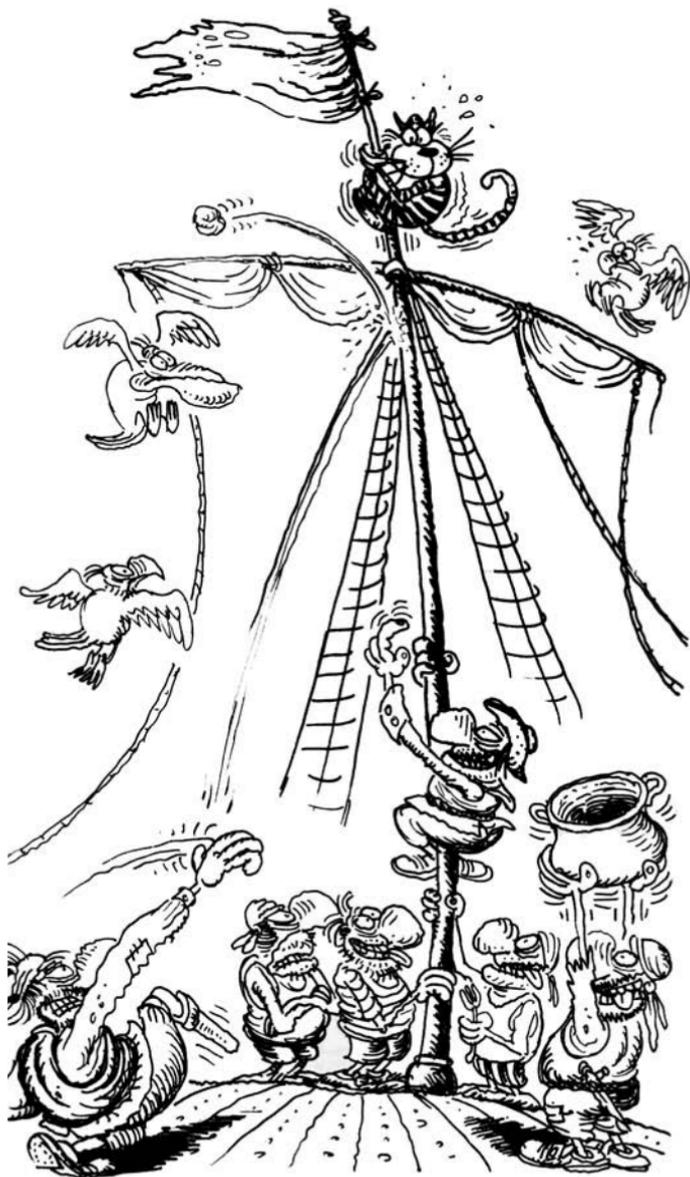
Pero el gato aguantaba a pata firme.

Cuando el mar estaba agitado el micho clavaba las uñas en la madera para resistir los sacudones del oleaje. En esos casos el Muy Bestia se paraba debajo con la boca abierta al cielo y la esperanza de que cayera.

En las tormentas el gato flameaba. ¡Era hermoso verlo!

El día que empieza de veras esta historia estaban así las cosas: con el gato ondeando al tope y un viento que no presagiaba nada bueno.





Hundido en sus pensamientos, el capitán Ben no había visto que una nube espesa en forma de sacacorchos se estaba formando en el horizonte.

El único que detectó la nube fue, naturalmente, quien la tenía más cerca: el gato.

Hizo gestos desesperados señalando hacia el Este, pero nadie lo miraba en ese momento.

La primera ráfaga de viento furioso encontró a todo el mundo bajo cubierta, entretenido con el pedicuro, que era el carpintero por la cantidad de patas de palo que había a bordo.

Recién cuando empezaron a rodar los baúles un marinero turco se asomó por la escotilla. Quedó helado de pavor.

—¡El día se volvió noche! —gritó.

—¡Es la hora de la cena! —palmoteó uno esperanzado.

Pero no. Era una tormenta de la hostia. El cielo estaba tapado de negrura y ráfagas huracanadas azotaban el barco con bravíos escobazos. El capitán Ben y sus hombres nunca habían visto algo tan terrible en su largo trajín por los mares.

Ahorremos detalles.

Baste decir que en pocos minutos la cubierta era un desparramo de cabos, barriles y personas y que el barco se disparaba hacia adelante librado a la tempestad como un tranvía desbocado.

El gato, al tope del mástil, era un fantasma empalidecido, una sábana agitada por una lavandera loca.

Malasangüe ordenó arriar todas las velas. Pese a eso, el viento empujaba el barco a una velocidad de catorce millas por minuto.

Hacia el amanecer divisaron una franja de tierra y cuando se quisieron acordar estaban casi encima. Tenía que ser una isla porque por ahí no había otra cosa.

Unos arrecifes puntiagudos protegían la orilla tapizada de arena blanca. ¡Iban hacia allí!

Los hombres de Malasangüe se taparon los ojos. El gato los cerró.

El bergantín pasó raspando entre dos rocas afiladas y siguió de largo.

Y siguió.

Llegó a la orilla.

Y siguió.

Cruzó la playa.

Y siguió.

Una cuadra más adentro el barco se clavó en seco. Tan de golpe que los piratas rodaron por cubierta y el gato salió volando.

Incapaz de resistir la frenada, el micho se remontó describiendo un arco perfecto, una parábola